

El paraguas como un accesorio del teléfono sin hilos

POR ROBERTO GACHE

He ido por fin a comer a casa de mi amigo Anselmo Portela, empeñado desde tiempo atrás en mostrarme a su flamante mujer en la intimidad. Margarita me ha parecido muy simpática y muy interesante, a pesar de que nuestra intimidad no ha pasado, cómo es natural, del comedor. Yo, de sobremesa, invité al teatro a la feliz pareja, pero mi amigo Anselmo, sonriendo con cierta rara expresión de suficiencia, me dijo que ellos ya no iban nunca al teatro, porque habían llevado a su misma casa los mejores espectáculos de la ciudad. Explicándose mejor, me informó que había instalado en su dormitorio una estación de telefonía sin hilos. La pareja, sin necesidad de salir de su casa a desafiar los fríos de la calle, se acostaba todas las noches a las diez, y muy reposadamente, entre las batistas y las puntillas del lecho nupcial, con los teléfonos sujetos al oído a manera de gorro de dormir, oía a voluntad las óperas y operetas que se representaban en la ciudad. Era en verdad una versión modernísima de la clásica luna de miel.

Invitéme Anselmo a experimentar por mí mismo aquella maravilla y, por primera medida, me dió un periódico del día para que eligiera el espectáculo de mis preferencias. Me decidí por «Parsifal», aunque Margarita, con su gran sentido práctico, observó que esta ópera era más indicada para oírse desde la cama.

—Es cuestión de un instante—dijo Anselmo. Y empezó a tocar llaves y aparatos para dar con la onda del Teatro Colón. Entre tanto teníamos los receptores sobre las orejas. Oímos por lo pronto un rumor confuso y múltiple, donde nos empeñábamos en hallar la voz de Anfortas con el ansia con que un pescador busca una mojarra en un banco de tiburones. A veces parecía señalarse algo así como el rumor de una orquesta, pero muy pronto un silbido largo y penetrante lo cortaba con grosera insolencia. Anselmo aseguró que era la onda de Honolulu, famosa por su fuerza, que andaba fastidiando. Lejos de incomodarnos, nos sentimos por cierto halagados por esta familiaridad con una onda tan importante. Al fin se dejó oír, claro y preciso, un agudo de «Parsifal» y luego empezó el dúo con Kundry, maravilloso, arrebatador. Pero al poco rato volvió a meterse en medio la onda de Honolulu y ahora no hubo manera de sacársela de

encima. El dúo de «Parsifal» y Kundry se convirtió así en trío, con el concurso de la onda de Honolulu. Anselmo bramaba indignado; Margarita en cambio aconsejaba batirse en retirada, cambiando de espectáculo. Decidimos entonces pasar de la ópera a la opereta y buscamos por los aires a la «Duquesa del Bal Tabarín», que se estaba representando en otro teatro. Al fin la encontramos en pleno vals.

Debo declarar, que la onda de Honolulu no se metió esta vez con nosotros, ocupada sin duda en molestar a los aficionados de otros países. Oímos, pues, cómodamente el vals y comenzaba ya la famosa aria de las campanillas cuando una voz desconocida nos preguntó si estaba lloviendo en Buenos Aires. Le respondimos que no estaba lloviendo y le rogamos cortesmente que nos dejara en paz. Pero a los pocos minutos volvió a hablar para decirnos con todo misterio que en Baradero estaba lloviendo. Nosotros le agradecimos el dato y le invitamos una vez más a que dejara de fastidiarnos. Así entramos por fin al tercer acto, cuando de pronto, en inexplicable cambio, pasamos del vals de la «Duquesa» al «Encantamiento del Viernes

Para la biliosidad



DIABLITOS